

Josep M^a Feriçgla

Los jíbaros, **cazadores de sueños**

**Diario de un antropólogo entre los shuar,
experimentos con la ayahuasca e iniciación chamánica**

*Wínia takátrwn, amikiwrshuaran, aarmajai paant wekamkwn amikmajai.
áakun tsankwrturtarwm tajai, shuar iwiakmarín nekáachwitkiwisha;
shuara pujutairi mash nekataj twkaman tutínkiamjai, ya neka urutaisha,
mi pujutarín nekatin atájai. Makete.*

[«Dedico este trabajo a mis amigos shuar, esperando que puedan disculparme por todo lo que, a pesar de mis esfuerzos, no he conseguido entender y probablemente jamás llegue a comprender de ellos. Gracias.]

También dedico este libro a mi esposa Myriam Nunes,
con agradecimiento y amor, y a mis tres hijas:
Adriana, Laia, *la del alma risueña*, y Eva Caterina,
la que sabe lo que quiere.

Finalmente lo dedico a la inefable familia Picham^a
y a todas las personas que luchan con valentía
por mantener con calma su identidad real en esta época
de falsa unificación y de ánimos agitados y confusos.
Si algún día toda la especie humana deviene
culturalmente homogénea, *globalizada* como
se denomina hoy, será nuestra muerte.

Título original:
LOS JÍBAROS,
CAZADORES DE SUEÑOS
© 2026 Josep M^a Fericgla

Publicado por acuerdo con Josep M^a Fericgla

Derechos exclusivos de la edición en castellano:
© 2026 Editorial Escola de Vida, S.L.

Primera edición (catalán): 1994. Edicions La Campana
Primera edición (castellano): 1994. Integral-Oasis
Segunda edición: 2015. La Liebre de Marzo, SL
Tercera edición: 2026. Editorial Escola de Vida, SL

www.editorialescoladevida.org
editorial@editorialescoladevida.org

Imágenes y fotografía de la portada:
© Josep M^a Fericgla, 2026

Diseño de la portada y contraportada:
© Eduard Rosselló, 2026

Diseño de la colección:
© Eduard Rosselló, 2026

ISBN: 979-13-991366-0-9
Dipósito legal: B 22698-2025

Impresión: LIBERDIGITAL SL



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal).

ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo a la edición de 2026	11
 PROEMIO DE LECTURA NECESARIA	 13
 PLAN GENERAL DE ACCIÓN	 21
Interés científico del trabajo	25
Sobre los shuar	29
Guía de nombres y personas	42
 PRIMERA PARTE	
Llegada y vida cotidiana con los shuar	47
 SEGUNDA PARTE	
El cultivo de un nuevo chamán	239
 POST SCRIPTUM DEL AÑO 1993	 377
Desde Barcelona	379
Epílogo de Iratxe	388
 EPÍLOGO 2026	
Reflexiones treinta y dos años después	393
 Glosario de términos shuar	 425

AGRADECIMIENTOS

El texto que sigue está escrito en primera persona. Se trata de un Diario personal que constituye un segmento de mi autobiografía. No obstante, para llegar a ser lo que es no ha intervenido únicamente el trabajo y la dudosa inspiración del autor. Para que los originales de mis libros lleguen a ser una realidad palpable deben intervenir algunas personas más, y eso hace que, con frecuencia, me sienta un coordinador de esfuerzos y no un corredor en solitario. La única manera que tengo de hacer partícipes del resultado final a las personas que han intervenido es manifestando mi profundo agradecimiento por su colaboración. Los aciertos son mayoritariamente suyos, los errores son míos.

En primer lugar, mi gratitud para el Sr. Ramón Goicoechea, secretario ejecutivo de la extinta *Comissió Amèrica Catalunya* 92, del Gobierno de la Generalitat de Catalunya. Hizo posible la concesión de los fondos necesarios para las campañas de investigación de los años 1992 y 1993. Gracias a él disfruté de total libertad de acción para administrarlos, algo cada vez más inusual.

También es merecedor de mi gratitud el Sr. Pere Pi i Sunyer, presidente de la citada comisión gubernamental, por haber secundado y aprobado los dos proyectos de investigación (1992 y 1993) cuando sólo eran unos papeles llenos de ideas y de buenas intenciones científicas. Su comprensión intelectual de los programas de investigación que encontró sobre la mesa de su despacho ayudaron a resolver muchos problemas que, en otras ocasiones y con otras personas, hubieran podido alargarse durante meses.

Agradezco a los amigos Josep Manuel Berenguer y Clara Garí que revisaran la primera mitad del manuscrito original —la más pesada de leer— durante su viaje a Turquía, y que al regreso me hicieran los comentarios cultos y entusiastas con que me obsequiaron.

También agradezco la ayuda en la revisión y sugerencias para mejorar el texto a mi gran amigo y compadre Jesús Vivas, quien me animó extraordi-

nariamente al decirme que había leído el borrador de un tirón y que se había impresionado al encontrarse ante un retrato tan realista del mundo de la jungla: «Jamás hubiera esperado un comentario así del Diario personal de un antropólogo». Agradezco a Pau Casanova y Maria Ester (q.e.p.d.), por separado, la lectura detenida de la primera versión del texto y las críticas y comentarios de las evocaciones que les había provocado.

Me siento en deuda de forma muy especial con Manuel Rodríguez Cuadras, amigo íntimo y compañero de peripecias en el año 1991, durante la primera inmersión en la selva amazónica, por las distintas y minuciosas lecturas que ha realizado del texto y por los ánimos y las correcciones, siempre acertadas, que me ha ido indicando.

También me siento agradecido con Blanca Treig y Susana Santillán, sucesivas colaboradoras y secretarías personales: cada una de ellas ha sufrido en momentos diferentes la inclemencia de mis impertinentes exigencias estando en Ecuador. Finalmente quiero agradecer a Josep M^a Bernadas la sugerencia para el título elegido y a Josep M^a Espinàs, editor y colega que me lleva una larga ventaja en las tareas de creación literaria, las aportaciones prácticas referidas a la elaboración del manuscrito. En el mismo sentido le estoy agradecido a Isabel Martí.

Josep M^a Fericgla, 1994

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2026

Pocas veces se da la afortunada ocasión de que un autor pueda revisar un escrito personal dos décadas después de la edición original, y volverlo a revisar aún otra década más tarde, al margen de las reediciones, enriqueciéndolo con las reflexiones que sólo permite el paso tiempo.

Si esta situación es hoy posible con *Los jíbaros, cazadores de sueños* se debe a un factor determinante: el interés de los lectores. Por ello, el autor agradece a los lectores y a las lectoras que le hayan permitido esta posibilidad, así como a los editores que han respondido a la demanda de los lectores. El tiempo suele poner las cosas en su lugar y es la fuente de aprendizaje más fecunda para la existencia humana —lo cual no significa que todos los humanos la aprovechen—.

La edición original de esta obra se publicó en catalán, mi idioma natal, en el año 1993, y al año siguiente, 1994, salió la primera edición en castellano. En ese texto se narraban situaciones sociales, ecológicas, etnográficas, culturales y personales en tiempo presente, como era el objetivo del *diario de campo de un antropólogo entre los shuar*, etnia de la Alta Amazonía ecuatoriana. Algunas de las situaciones descritas en la edición original concluyeron meses o años después, de ahí que, en la revisión del texto original realizada veinte años más tarde, en 2015, se añadieron comentarios y reflexiones sobre el desarrollo de alguno de aquellos acontecimientos.

La presente edición de 2026, aunque revisada, reproduce básicamente los cambios realizados en 2015. No he tocado el texto original más que en alguna necesaria y ligera corrección de estilo, y en referencia a algún nombre personal que, si bien en las ediciones de 1993 y 1994 era figurado, en la revisión de 2015 me permití usar el verdadero.

Lo que da sentido a esta nueva edición actualizada y enriquecida, repito, es haber podido añadir numerosos comentarios explicando qué sucedió con algunas personas y situaciones años después de lo narrado, cómo aca-

baron algunas de ellas y cómo ha cambiado el mundo en estas décadas. Las cuñas agregadas en la edición de 2015 que comentan el texto original castellano de 1994 van indicadas entre corchetes.

Al final del texto que tienes entre las manos, hay un nuevo capítulo, *Epílogo 2026*, comentando los cambios habidos en este primer cuarto del siglo XXI en el mundo, en el pueblo shuar, en la selva y en la vida de algunos personajes que no forman parte del relato principal, pero que han tenido su participación en *Los jíbaros, cazadores de sueños* y en la propia vida del autor.

De ahí, pues, si el lector o la lectora tuvieron en sus manos el texto original, es de esperar que esta nueva edición les despierte un interés reavivado. De nuevo, gracias.

Josep M^a Fericgla
Can Benet Vives, octubre 2025

PROEMIO DE LECTURA NECESARIA

Era típico de los europeos, pensó, desanimarse y suspender todos los planes cuando había una mínima posibilidad de lluvia. Eran más prudentes que apasionados; sus miedos, más fuertes que sus deseos. En realidad, la mayor parte de ellos no tenía ningún deseo auténtico, aparte de ganar dinero, lo que al fin y al cabo no era más que una costumbre. Y tan pronto como lo conseguían, no parecían usarlo nunca para un objeto o propósito concretos. Aquello era lo que le costaba comprender. Él sabía perfectamente lo que quería, siempre, igual que sus compatriotas.

Paul Bowles

Mi dedicación a la antropología cultural se centra de forma básica en la investigación teórica y los estudios de campo. También doy clases pero, en contra de lo que desearía, puedo impartir pocas. De entre los ámbitos de interés que me ofrece esta disciplina, hace años decidí centrarme especialmente en la antropología cognitiva. Es la rama de la antropología que se dedica a estudiar cómo y qué hacemos las personas para conocer y construir nuestra realidad, la única que realmente podemos experimentar. Dicho de una forma sencilla, todo lo que pensamos, deseamos, opinamos, asociamos, conocemos, imaginamos, creemos o idolatramos, y todo lo que hacemos es, en buena parte, producto de nuestras necesidades biológicas (comer, dormir, asociarse, practicar sexo...), que resolvemos por medio de patrones culturales específicos (no todo el mundo come igual, ni lo mismo, ni en la misma posición o regularidad, ni opina lo mismo de los diferentes sabores de la comida, ni para todo el mundo significa lo mismo el hecho de comer...).

El tema se complica cuando comenzamos a tratar no de las cosas que se piensan, sino de cómo pensamos sobre esas cosas y, aún más, si hablamos de cómo pensamos que pensamos. Entonces aparece nuestra dimensión espiritual y cognitiva. ¿Por qué muchos de nosotros intentamos usar la ló-

gica racional como sistema explicativo predominante y otras sociedades usan los sueños reveladores y las plantas visionarias? ¿Se pueden usar ambos estilos cognitivos a la vez? ¿Son contradictorios?

A raíz de ese interés y de mi interés por la universalidad de las experiencias religiosas, hace años descubrí que la inmensa mayoría de sociedades diferentes a la nuestra disponen de una o de varias sustancias —peyote, ayahuasca, kawa, ciertas setas—, o bien de uno o varios métodos —respiración, yoga, determinada meditación, katsugén— para inducirse *estados expandidos de consciencia*; lo que, con diferentes matices, llamaríamos *estados extáticos y visionarios*. Son estados del ser que nos facilitan la experiencia de lo inefable, la experiencia transpersonal, y no son de la misma naturaleza que los estados mentales regresivos (psicosis, esquizofrenia), aunque puedan parecerlo a la mirada de un inexperto.

También durante los largos siglos de la Edad Medieval y la Edad Moderna —por no ir demasiado lejos— nuestros antepasados disponían de recursos para buscar la experiencia transpersonal o cumbre, tanto si era por la vía mística de Santa Teresa de Jesús o de San Juan de la Cruz, como si era por la vía de las pociones visionarias de origen precristiano que habían sobrevivido de la mano de las mal consideradas «brujas», o si era por medio de otras prácticas también místicas que no agradaron al dogmático Papado romano y acabaron en la hoguera.

A esta indiscutible realidad étnica e histórica se añadió, en la década de los años mil novecientos sesenta, el interés por las prácticas religiosas orientales y, en especial, la difusión del uso no clínico de la dietilamida del ácido lisérgico 25 (LSD 25), la más famosa de las sustancias modificadoras de la consciencia en el mundo occidental contemporáneo.

La LSD¹ se había descubierto en el año 1938. En 1943 fue el universal químico suizo Albert Hofmann, el propio descubridor, quien accidentalmente experimentó por vez primera los efectos extáticos y visionarios que produce. En la década de los cincuenta se extendió el uso clínico de la LSD, dando unos resultados terapéuticos espectaculares en el campo de la psiquiatría, en la llamada técnica de psicólisis. Un poco más tarde, a principios de la década de los mil novecientos sesenta, se difundió el uso de este ácido, primero entre el movimiento beat y más tarde entre los *hi-*

1. Popularmente, solemos referirnos a la LSD en género masculino, el LSD, aunque es erróneo. LSD es el acrónimo de la dietilamida del ácido lisérgico, y es femenino.

ppies. A mitad de los años sesenta, el gobierno estadounidense prohibió la distribución de la LSD por razones estrictamente políticas, y poco después la prohibición se extendió por la vieja y obediente Europa, hasta que los laboratorios Sandoz acabaron abandonando la producción a pesar de los beneficios terapéuticos y probablemente económicos que se habían obtenido.

Hoy se puede afirmar, sin ningún género de duda, que esta sustancia visionaria ha sido y es uno de los pilares más importantes de la cultura occidental contemporánea. El *pop art* y todo lo que ha derivado de él, la música de bandas que tomaban LSD y cuyas letras y melodías han modulado durante décadas la sensibilidad social (los casos más conocidos e influyentes tal vez son The Beatles y su disco *Sargent Peppers*, y la banda de rock Pink Floyd), la moderna concepción espiritualizada como sistema global, la psicología transpersonal y tantos otros ámbitos son el resultado de aquella difusión del descubrimiento de Albert Hofmann.

Todos ellos estuvieron profundamente influidos por los efectos extáticos de la LSD-25, pero la sombra de este enteógeno no acabó en aquellas décadas de la segunda mitad del siglo XX, sino que se extendió por el mundo de otras maneras. Así, por ejemplo, Steve Jobs, el aclamado e inspirado fundador de la marca de ordenadores y dispositivos telefónicos Apple que hoy dominan la electrónica de consumo, en varias ocasiones atribuyó sus inspiraciones al efecto del ácido lisérgico, y se sabe que era de las cosas que preguntaba a sus futuros colaboradores cercanos: «¿Cuántas veces has probado la LSD-25?».

Fue en aquella época de los años sesenta cuando se difundió el término «alucinógenos» para referirse a estas sustancias psicoactivas que no tienen relación alguna con estimulantes ni con narcóticos adictivos, a pesar de la genérica y errónea clasificación en la que nuestros políticos pretenden encajar todas las sustancias psicoactivas que se han ilegalizado por la razón que sea, y a menudo sin ella.

Es decir, desde el punto de vista del consumo de sustancias extáticas —o, mejor dicho, de su ausencia—, los occidentales somos una de las excepciones y no la norma más universal como se pretende. Los pueblos que utilizan habitualmente estas sustancias no conocen los estigmas derivados de la adicción ni de la marginación social a causa de ese consumo. Muy al contrario, son agentes de integración social, de resolución de conflictos y de toma de decisiones.

Así pues, la gran profundidad histórica y la diversidad étnica observada en el consumo de psicotropos, por un lado, la relación con importantes procesos cognitivos y religiosos por otro lado, y la fuerza contemporánea con que se extendió el uso en Occidente me permitieron sopesar la gran importancia que tienen los *enteógenos*² —antiguamente llamados «alucinógenos»— en relación con muchos procesos básicos de la cultura y de la mente humana.

Inicié estudios complementarios de química, psicología transpersonal, etnobotánica y psicofarmacología aplicada al tema de los enteógenos, y amplié los conocimientos antropológicos referidos al campo de las religiones, mitologías y simbologías. Finalmente realicé diferentes investigaciones experimentales sobre el tema, partiendo siempre de la antropología cultural. Fue un regalo añadido descubrir que no estaba solo en el mundo en mi interés por los enteógenos: había un importante grupo de científicos comprometidos en este estudio, ya fuera desde la arqueología, la neuroquímica, la psiquiatría, la antropología o la etnobotánica. Algunos de ellos son hoy amigos íntimos de cuya amistad me siento orgulloso.

Tras profundizar en el tema, observé que el uso y la función que tienen las sustancias visionarias o enteógenas en los pueblos que las consumen tradicionalmente parece orientarse a facilitar la adaptación del ser humano a un contexto ecológico, cultural y social específico: los enteógenos son agentes de adaptación. Tanto si hablamos de comunicación con las divinidades como si se interpretan las visiones en clave de una estrategia que prefigura el futuro; tanto si se relaciona la imaginación mental con los antepasados, como si se cree percibir a los propios espíritus o ánimas que habitan el entorno; tanto si el sujeto siente la profundidad psicológica de ciertos símbolos universales como si se usa el potencial de los enteógenos

2. *Enteógeno*: neologismo acuñado en el año 1979 por R. Gordon Wasson, A. Hofmann y J. Ott para referirse a aquellas sustancias psicoactivas de consumo habitual entre los pueblos primitivos antiguos y contemporáneos. Son utilizados para ponerse en contacto con sus divinidades, para buscar la experiencia extática de lo intemporal, para curar y para reordenar su cosmos. Llamar 'alucinógenos' a estas sustancias, prácticamente siempre de origen vegetal o fúngico, elimina todo el sentido sacro que tiene su consumo. Durante toda la historia de la humanidad se han consumido enteógenos con una actitud de profundo respeto arquetípico. Enteógeno es un vocablo de raíz griega, *theos*, que significa «que genera la experiencia de dios dentro de mí», y es, desde todos los puntos de vista, más adecuado para referirse a estas sustancias. En medios científicos especializados de todo el mundo es una palabra cada día más extendida.

en un proceso psicoterapéutico, cualquiera que sea la forma cultural, el hecho es el mismo: son procesos adaptativos—resolver situaciones y disolver problemas—que parecen actuar mediante la imaginación mental entrenada o espontánea, o a través del conocimiento revelado. Si se habla con la divinidad es para pedirle algo que es necesario; si es con los antepasados, se trata de obtener un consejo para resolver un problema; si alguien prefigura su propio futuro, todavía está más claro que se trata de una estrategia adaptativa, y si se usa el enteógeno para curar un trastorno, lo mismo. ¿Qué es una enfermedad sino un desequilibrio que requiere un proceso de readaptación para recuperar esta compleja armonía que llamamos salud?

Bien. El nacimiento y desarrollo de esta teoría que esbozo más adelante es lo que me llevó a viajar durante tres años a la Amazonía ecuatoriana, donde habitan los shuar, el pueblo primitivo que probablemente consume mayor cantidad y variedad de plantas enteógenas de toda la Tierra.

Lo que sigue es un fragmento del relato de mi última estancia, las impresiones y experiencias que tuve y las observaciones y los experimentos de campo que pude realizar. El Diario corresponde únicamente a mi estancia en la selva ecuatoriana durante los meses de junio a agosto de 1993. Anteriormente había estado realizando estudios en ese mismo territorio selvático durante el año 1992, y dos meses más en 1991. Posteriormente he seguido visitando la cultura shuar durante más de veinte años.

Excepto algunos nombres comprometedores, todo lo que se narra es real. No hay ninguna situación inventada ni nada de lo que se pueda decir *se non é vero é ben trovato*.

El especial interés que me despierta aquel rincón de la Tierra, la Amazonía ecuatoriana, está relacionado con el hecho de que allí vive un pueblo por el que siento una gran atracción como antropólogo y que me ha despertado extrañas, íntimas y amplias disposiciones como persona. Se trata, repito, de los shuar. Además, es uno de los lugares más bellos que he conocido, y nuestros botánicos dicen que es una de las regiones de la Tierra con mayor diversidad vegetal.

Llamar a los shuar «pueblo primitivo» no tiene carga peyorativa. Un pueblo primitivo no es un pueblo atrasado, sino que puede y suele tener un nivel de invención, creatividad y realización de sus ideales que deja muy por detrás los logros de la civilización. En la década de los años mil novecientos setenta se pusieron de moda otras denominaciones que pretenden ser más objetivas, tales como pueblos ágrafos, sociedades preletradas, pueblos no

industrializados o, todavía peor, sociedades en vías de desarrollo. Todas estas denominaciones que pretenden ser académicamente correctas arrastran el mismo problema: el etnocentrismo que contienen, a pesar de ser un etnocentrismo bien intencionado. Al llamarlos preletrados, no industrializados y otras adjetivaciones similares, estamos poniendo nuestra sociedad como modelo ideal —como si hubiera una única vía de desarrollo—, ya que tenemos industrias, un nivel teórico de alfabetización de casi la totalidad de la población, desarrollo tecnológico avanzado, etcétera, y situamos al resto de pueblos en un estadio en el que les falta algo para llegar a nuestro nivel.

Por otro lado, referirse a ellos como «pueblos primitivos» es histórica y etimológicamente correcto, ya que «primitivo» viene de *primus*, primero u origen. Efectivamente, ellos —como pueblos con una cultura diferenciada— estaban históricamente antes como ocupantes del Planeta que nuestras sociedades postindustrializadas, más todo lo que eso implica desde un punto de vista evolutivo. Si bien es cierto que nuestra arrolladora cultura es muy superior a las de los pueblos primitivos en cuanto a tecnología, y por ello están desapareciendo, no lo es en cuanto al conocimiento del alma humana. Los pueblos primitivos, en términos generales, son más felices que los humanos postindustrializados, suelen tener una inteligencia emocional y espiritual más madura y dedican mucho más tiempo a gozar y a actividades que favorecen los procesos adaptativos.



A pesar de todo lo que se narra en el texto que sigue y a pesar de los frecuentes enfados que me causaban ciertas formas de conducta shuar, he descubierto que puedo confiar más en esta gente que habita chozas aisladas en medio de la jungla, esta gente a los que algunos siguen llamando ‘salvajes’, que en la gente poco sincera e inconsciente de sus necesidades reales que habita en España. Como afirmaba Oscar Wilde en alguna de sus obras, vivimos en una época en que muchas cosas innecesarias son nuestras únicas necesidades. Esto no sucede con los shuar: ellos siguen siendo conscientes de sus verdaderas necesidades, lo que les confiere una vida real al lado de nuestra vida en muchos sentidos ficticia.

Al corregir el original de mi Diario personal me he mantenido fiel a un principio: manipular lo mínimo posible el contenido del propio manuscrito redactado sobre el terreno amazónico. Esta decisión conlleva apostar

por la espontaneidad con preferencia sobre un estilo más literario, y por cierta aparente ingenuidad frente a una actitud más postmoderna.

He eliminado algún párrafo que he considerado excesivamente íntimo y algún otro que comprometía a personas vivas. En el mismo sentido, he cambiado algunos nombres de pila que aparecen, con este libro no deseo perder ningún amigo ni ganarme más enemigos. He mantenido, entre los principales personajes, algunos nombres reales: Iratxe, Carlos Picham^a, Galo, Roxana, Dominga, Pedro Juank^a y también los de Catalina Sosa, Ernesto Salazar, sor Rosa Vargas, el sacerdote Rafael Clemente (q.e.p.d.), Jorge Atala, Mireia Recasens y, naturalmente, el mío.

Así pues, la mayoría de cambios respecto al manuscrito original no provienen de las supresiones (excepto las anotaciones demasiado técnicas), sino que nacen por el hecho de haber añadido una buena cantidad de notas, nombres, comentarios, datos, indicaciones geográficas y otros insertos en la misma narrativa que, por familiaridad mía con el contexto, no me fueron necesarios anotar en el Diario.

Aunque de la presente transcripción de mi Diario personal he eliminado los párrafos estrictamente técnicos, también he dejado alguno que supongo pueda resultar de interés general. El motivo hay que buscarlo en mis insatisfechos deseos intelectuales de cuando era estudiante universitario, tiempo que hoy siento lejano pero no olvidado. Entonces me preguntaba con frecuencia cómo se genera la primera chispa de una idea científica, cómo se gesta, cómo crece, se instala y es aceptada por la comunidad científica hasta el momento en que los docentes universitarios la exponen, mejor o peor, a los estudiantes dándola por verdadera, cómo se empieza a hilar un trabajo de campo en antropología. Entonces nadie supo decírmelo —mis profesores eran antropólogos de salón—, y yo no supe encontrar ningún libro donde se explicara este camino sin demasiada complejidad epistemológica ni filosófica. Esos procesos creativos casi nunca son tan fáciles y diáfanos como se muestran a posteriori, sino que habitualmente y, como mínimo, participan en ello la misma cantidad de elementos previsibles que de variables sorpresa y de revelaciones intuitivas. El problema es que mostrar las bambalinas que sostienen la escena requiere valor, porque demasiado a menudo se pierde la magia escénica y aparece la verdad. No nos engañemos, en ciencia, y como decía T. Kuhn, hay demasiadas modas, ideologías y teatro de vodevil en forma de luchas por protagonismos y subvenciones a veces irrisorias.

A lo largo del Diario, el lector encontrará material en ese sentido: notas sueltas, ideas e hipótesis explicativas que me planteo a mí mismo un día y que después, vista la realidad, acepto o rechazo. La mayoría no pasan de ser majaderías o juegos intelectuales que acaban su existencia en la papelera de las ideas, pero alguna se ha salvado y ahora es un puntito de conocimiento verificado que tal vez algún día un profesor expondrá ante su auditorio como teoría o ejemplo antropológico. Como siempre, el tiempo dirá.

Las letras *itálicas* o *cursivas* que aparecen en el texto, los *entreguionados* y los *paréntesis* corresponden a algún tipo de diferenciación que yo mismo había efectuado en el manuscrito original. La excepción son algunas *cuñas* insertadas en el hilo narrativo principal, consignadas en letra *itálica*, que corresponden a aclaraciones posteriores a la situación inacabada en el momento que se relata.

Por otro lado, las expresiones y los términos que había apuntado en el Diario en lengua shuar las he mantenido en la medida en que son comprensibles por el contexto, y también porque he pensado que la persona que lo leyera lo agradecería. En caso contrario, las he traducido consignándolo entre comillas. Sin embargo, no tengo la pretensión de que éste sea un libro erudito en forma de diario y en la redacción siempre ha prevalecido la comodidad de lectura.

También he mantenido la transcripción fonética más o menos admitida de la lengua shuar, poniendo en superíndice las vocales finales que en shuar se pronuncian aspiradas y medio sordas. Por ejemplo, *lpiák* se pronuncia *ipiák* con el sonido final *u* casi inaudible, aunque bien sonoro en los términos derivados. He acentuado gráficamente las sílabas fuertes de cada palabra shuar, a veces dos a diferencia de las lenguas románicas que solo tienen una: *máshú*. El original del Diario ha sido escrito en catalán, mi idioma materno, a excepción de algunas frases que había apuntado en castellano o en inglés y que he mantenido en ese idioma.

Gracias por haber llegado hasta aquí. Ahora pasemos a la acción.